

DE SANTA LUIS

DE SANTA LUIS

## SERMON

PARA EL DIA DE S. FRANCISCO

DE PAULA.

*Cum infirmior tunc potens sum.*

Nunca soy mas fuerte, que quando parezco mas flaco. *2. Cor. 12. v. 10.*

Quanto mas se registran los fines de la Providencia en el establecimiento de la Iglesia, mas se descubren no se qué divinas señales, que desde luego distinguen la religion de Jesu-Christo de las opiniones y sectas, y quitan á sus primeros progresos toda la apariencia de empresa humana: Y á la verdad, el elegir unos medios proporcionados para conseguir los fines que se pretenden, valerse de la fuerza para triunfar, de la eloqüencia para persuadir, de la grandeza para confundir, y de los deleytes para corromper, es el primer plan de la prudencia de los hombres, y no hallo en esto la menor señal de prodigio: pero que la flaqueza en manos de Dios haya sido mas poderosa que la mayor fuerza de los hombres, mas que toda la política del siglo de Augusto, el luxo del Asia, la fuerza de los Romanos, la sabiduría de los Griegos, la ferocidad de los Bárbaros, la vanidad de los Filósofos, las preocupaciones y supersticion de los pueblos; y finalmente, que toda la altivez haya venido á deshacerse contra la rusticidad, flaqueza, ignorancia y trabajos de doce pobres pescadores: que

Da-

D

Da-

Daniél fuese árbitro entre los ancianos, Goliath juguete de un niño, Helofernes, aquel impio conquistador presa y despojo de una muger, que Gedeon, que Barac, que Devora, personas flacas y despreciables, llegasen á ser el espanto de los enemigos de Israel: que el mismo Moysés, no obstante su cobardía y el invencible estorvo de su lengua, confundiese á los Sabios de Egipto, libertase contra el poder de un gran Rey, á toda una nacion entera, é hiciese á un pueblo inquieto é intratable, docil á unos preceptos infinitos y penosos; estos son, ¡oh Dios mio! los caminos ordinarios de vuestra sabiduría, la que siempre se manifiesta independiente de los medios, árbitra de los sucesos, y señala siempre sus caminos con unas señales manifiestas que los distinguen de los del hombre.

Bien sé que en estos siglos posteriores no tiene la fe necesidad de sucesos singulares para establecerse en el espíritu de los pueblos, y que al presente la Sabiduría de Dios se oculta, por decirlo así, baxo las exterioridades de su ordinaria providencia. Con todo eso, como nunca faltan Judios carnales que pidan milagros, cada siglo promueve á la religion alguno de estos grandes espectáculos, para que la fé, que ya casi no es mas que una lámpara que aun húmea, no se apague del todo, y para que quando vuelva el hijo del hombre la pueda hallar en la tierra.

Tal fue en el tiempo de nuestros Padres San Francisco de Paula, aquel hombre tan flaco segun la carne, y tan poderoso segun el espíritu; aquel instrumento tan vil y despreciable á la vista de los sentidos, aquella piedra mal labrada de que habla Daniél, y desprendida de la montaña sin artificio, pero que gobernado por una mano invisible supo abatir los soberbios colosos, romper la dureza de los corazones, y llegar á ser uno de aquellos santos montes sobre los que está fundada la Sion celestial; y finalmente aquella vara misteriosa, sica y fragil

Da-

D 2

gil

gil en la apariencia, pero que en las manos del Dios de Faraón mandó á los vientos y al mar, tuvo las llaves de la muerte y del abismo; mudó el semblante del cielo y de la tierra, se mereció el respeto y aun de los mismos Reyes á quienes habia herido; y colocada después en el Santuario produjo unas santas ramas, que cubrieron toda el arca con sus hojas. Pero, Católicos, hoy vengo á contaros sus prodigios para curar vuestros errores, para desvanecer las falsas ideas que nos dá el mundo de la gloria y grandeza, y para convenceros de que los mas brillantes distintivos, un nacimiento ilustre, una superioridad de talento, un trabajoso conjunto de las mas altas ciencias, una alhagueña fortuna, las dignidades á que solamente puede aspirar el merito, los talentos extraordinarios, el arte de los ardides y negociaciones, los empleos de la paz y de la guerra, todo esto si no lo ordena la gracia como medios para la salvacion, no es á la vista de la fé mas que como una funesta espada puesta en manos de un loco, que después de haber servido por algun tiempo de diversion á su locura, llega á ser instrumento de su muerte. Os manifestaré, pues, en este elogio, la prudencia del siglo reprobada, y la fuerza confundida con la flaqueza; vereis como la ciencia que hincha cede á la sencillez que edifica, y confesareis que nunca hubo Santo que pareciese mas flaco á los ojos de la carne, ni mas poderoso á los de la fé: Estas dos reflexiones serán el asunto de este discurso. Imploramos, &c. Ave Maria.

## PRIMERA PARTE.

Quáles son, Católicos, las cosas que acá en la tierra nos parecen envidiables? Y entre esta multitud de encantos que nos hacen perder de vista los bienes eternos, ¿quáles son los principales objetos que engañan al entendimiento, y se usurpan todos los res-

petos del corazon humano? Estos son el resplandor del nacimiento, la estimación que nos adquieren las ciencias y talentos, el regalo que sigue á los deleytes y felicidad de los sentidos; y finalmente la opulencia que acompaña á las grandezas y dignidades. Estas son las ocultas causas que hacen mover á los hijos de Adán. A esto aspiran nuestros proyectos, nuestros movimientos, nuestros deseos, y nuestras esperanzas; este es el tesoro al rededor del qual vela continuamente nuestro corazon, como que es el mas hermoso objeto que encanta en toda la figura de este mundo.

La nobleza de la sangre y la vanidad de las genealogías es el error mas universalmente establecido entre los hombres: no pensamos quando nos gloriamos del lustre de nuestros antepasados, y de la antigüedad de nuestras familias, que quanto mayor sea está mas nos acerca á nuestro barro; que lo que distingue los vasos de ignominia de los vasos de honor, no es la masa de que han sido formados, sino la voluntad del artifice que los dá el destino; que la nobleza del Christiano no consiste en la sangre que recibe de sus mayores, sino en la gracia que hereda de Jesu-Christo; que la carne de que nacemos de nada sirve, y que solamente el espiritu, segun el qual renacemos, es util para todo; y finalmente, que debiendo ser del cielo la conversacion del Christiano, el origen que tiene de la tierra es una baxeza por la que debe llorar, y no titulo de que pueda gloriarse.

Para mejor dar á conocer á los hombres estas verdades de eterna salud dispuso la Providencia á San Francisco de Paula un nacimiento obscuro segun el mundo. Nació en el seno de la virtud, pero no en el de la humana grandeza; no heredó de sus padres mas que la inocencia, el candor, y la fé de las promesas como los antiguos Patriarcas; nada poseyó en la tierra, donde siempre habia de vivir como extranjero; como otro Saúl fue destinado por su nacimiento á unos ejercicios despre-

ciables, y á ser el ultimo de la tribu mas inferior, para verse despues á la frente de los Príncipes de Israel, y ser Gefe y Legislador de un gran pueblo.

Acaso, ¡oh Dios mio! un nacimiento mas illustre le hubiera hecho inutil para el cumplimiento de vuestros designios, y para el aumento de vuestra heredad. Porque, Católicos, ¿qué cosa es un nacimiento illustre? Es nacer un hombre destinado á seguir las costumbres, y errores del siglo; es un anticipado destino á la culpa, y la impenitencia; es un derecho para vivir tranquilo en orden á las transgresiones de la ley; es un nuevo pecado original, si es lícito decirlo así, que se añade á aquel con que nacemos, y que nos dificulta mucho mas la salvacion; en una palabra, muchas veces es un pronóstico de reprobacion, y efecto de los impenetrables juicios de Dios para con una alma.

La educacion de nuestro Santo correspondió á su nacimiento; no fue instruido como Moyses en las ciencias y sabiduria de los Egypcios, pero recibió del mismo Dios, como él, el libro de la ley, y explicó sus preceptos al pueblo; no se le vió como á Pablo á los pies de Gamaliel para instruirse radicalmente en la verdad de las opiniones y doctrinas, pero su fé le elevó como á aquel Apóstol á lo mas alto de los cielos, y alli se le manifestaron unos secretos, que no es digno de oírlos el hombre profano; debió su saber á la gracia, y no al trabajo de la naturaleza; persuadido á que habian de cesar las lenguas, acabarse las profecías, destruirse la ciencia, y que solamente el amor era el que nunca habia de perecer, abandonó la vanidad de la doctrina que hincha, por dedicarse á la caridad que edifica; fue un *Scriba instruido en el Reyno de los Cielos*; pero sacó unicamente del tesoro de la gracia, aquellas antiguas y nuevas doctrinas, que nunca conseguimos nosotros con perfeccion, y cuya imperfecta noticia alcanzamos á costa de estudio y de vigiliass; no se le vió en las mas famosas Univerſidades ex-

céder en inteligencia á los ancianos, hacer admirar una juventud llena de esperanzas, y abrir con su fama mil caminos de ambicion á su familia; el espíritu de Dios le llevó al desierto, aun casi antes de que hubiese tratado con los hombres; la resolution de un perpetuo retiro, que en nosotros suele ser tardío fruto de la edad y de las mas maduras reflexiones, fue en él un ensayo de la infancia; y siguiendo las huellas del Precursor, bebió en la penitencia y en la soledad aquella fama de virtud, que es la que unicamente dá autoridad para reprehender con valor los excesos de los pueblos y aun de los Príncipes; en el silencio aprendió á ser la voz del que clama en el desierto; y a fuerza de tenerse por el menor de todos, y por indigno de besar los pies de los que evangelizan la paz, llegó á ser mas que Profeta, y el mayor de los hijos de los hombres.

De este modo, ¡oh Dios mio! de las mismas piedras levantaiis hijos de Abrahám; de este modo formais de una materia vil y despreciable una serpiente de metal, la que ensalzais en el desierto para que sirva á la salud de vuestro pueblo; de este modo, de un vaso de tierra quebrado, de un Anacoreta flaco y enfermo, haceis salir una luz que ahuyenta los enemigos de Israel, y restituye la paz y la tranquilidad á la Iglesia; de este modo el lodo en vuestras manos se convierte en remedio para curar á los ciegos. En una palabra; de este modo, en un pez cogido por casualidad al parecer, en medio de un mar tempestuoso, quiero decir, en un hombre mudo, é ignorante, sacado de entre la multitud, escondeis un tesoro capaz de satisfacer á los Césares, y dar la libertad á vuestros discipulos.

Despues de esto, ¿siendo tan flacos como somos, nos podremos ensalzar por unas cortas noticias que nos distinguen poquisimo de la multitud ignorante? ¿Nos hemos de regocijar al ver estos pequeños relampagos que nos hieren por un instante, y no hacen mas que mani-

festarnos muy de lejos los secretos de la gracia y de la naturaleza, solamente para que conozcamos con mas claridad lo corto y limitado del humano entendimiento? ¿Hemos de entrar á registrar soberbiamente aquellos sagrados abismos, y buscar en ellos unas verdades, que semejantes al sagrado fuego que escondieron los Judios en las entrañas de la tierra, no pueden saberse hasta despues de haber salido de la cautividad? Qué afliccion de espíritu, y qué confusion de nuestra ignorancia, Católicos; un solo momento de gracia descubre muchas veces mas verdades que muchos años de estudio; suele suceder que una alma santa, que ignora hasta los nombres de las ciencias y de las doctrinas, ve con mas claridad en los caminos de Dios que los Doctores mas consumados; y en todos los siglos se hallan discípulos rústicos que comprehenden la palabra de la Cruz, y el eterno nacimiento del Verbo, al mismo tiempo que los Maestros de Israel ignoran los comunes mysterios de la regeneracion del hombre.

No os parezca, Católicos, que es mi intento destruir la vanidad del espíritu, autorizando al mismo tiempo, una culpable ignorancia. Bien sé que los labios del Sacerdote son depositarios de la ciencia; que nosotros tenemos el honor de ser unas santas nubes colocadas sobre las cabezas de los fieles para derramar sobre ellos las influencias del cielo; que la Escritura Santa nos compara á las Aguilas, porque debemos mirar, como ellas, de hito en hito al Sol de justicia, é inmediatamente abatirnos á la tierra: Bien sé que las dos antorchas que colocó Dios desde el principio en el firmamento son símbolos de los Pastores de la Iglesia, y que el espíritu de nuestro ministerio baxa sobre nosotros en figura de lenguas mysteriosas: pero quisiera que la oracion y la inocencia fuesen las sagradas fuentes de nuestras luces, que el corazón del Sacerdote fuese depositario de la virtud, que estas nubes nunca estuvieran sin agua, que estas agui-  
las

las supiesen juntarse algunas veces al rededor del cuerpo para adquirir allí nuevas fuerzas, que estas grandes antorchas jamás presidiesen á la noche, y que estas lenguas celestiales fuesen siempre lenguas de fuego.

La antigua soledad del monte Casino, tan famosa por los Santos que la habian habitado; aquel Carmelo del Occidente, aquella mansion de Profetas consagrada con las austeridades y cánticos de tan ilustres penitentes, fue el primer teatro de las penitencias y rigores de San Francisco de Paula. Atended, Católicos, y en un siglo en que está tan resfriada la caridad, tan apagado el espíritu de penitencia, y en que el continuado uso de la relajacion os hace mirar las austeridades del Evangelio como leyes sin vigor, sabed que el Evangelio es para todos los siglos; y que si, como continuamente estais diciendo, la naturaleza cede y se pone cada dia mas enferma, la gracia nunca cede, y aun manifiesta mas gloriosamente su fuerza en nuestras enfermedades.

Aquellas santas víctimas, que en otro tiempo habian consumado su sacrificio sobre el monte adonde se retira Francisco, parece que habian dexado en él un espíritu de mortificacion y rigor, que todo entero pasó en un instante al corazón de nuestro Santo, y le armó de una inocente indignacion contra sí mismo. Las langostas, la miel silvestre, el pan y el agua fueron siempre sus mas exquisitos manjares. Persuadido á que el uso de las criaturas es precio de la sangre de Jesu-Christo, no se concedió sino con gran parsimonia aun las mas insípidas viandas; y semejante á David, aun en sus extremas necesidades nunca se atrevió á saciar su sed con una agua que habia sido precio de la sangre, y peligro de las almas. Siempre caminaba descalzo, dormia sobre la dura tierra, mezclaba siempre su pan con sus lágrimas, pasaba las noches como su divino Maestro en la oracion, animando en las horas destinadas al descanso, como los Antonios, y Hilariones, la torpeza y pesadéz del cuerpo terrestre con  
Tomo VII. E sa-

sagrados cánticos, despedazando su carne, y castigándose á la mañana como el Profeta; cargado con aquella armadura de Dios, de que habla San Pablo, llevaba sobre todo su cuerpo los instrumentos de justicia; y en una edad tan tierna como la de David ya estaba acostumbrado á las pesadas armas, destinadas á vencer á Goliath, y á rechazar los dardos del enemigo.

No sucedió á su penitencia lo que á la de muchos Christianos, que en los principios de su conversion se sujetan con gusto al yugo de Jesu-Christo; casi no sienten el peso de la Cruz, nunca se cansan de castigar su cuerpo, abrazan con fervor todas las mortificaciones que se les presentan, y necesitan de freno para reprimir el ímpetu del espíritu que los impele; pero poco á poco conocen que se va debilitando su zelo, y apagando su fervor, y así de quando en quando vuelven á ser los mismos; hoy se permiten un placer, y mañana una culpa; y no conservando de sus antiguos ejercicios mas que cierto regimen de penitencia, solo tributan al amor de la Cruz unas ansias de puro cumplimiento, por decirlo así.

El amor que nuestro Santo tuvo á la Cruz fue violento, pero permanente; las fatigas de los caminos, los cuidados y estorvos de su cargo, y aun la misma flaqueza y desfallecimiento de la edad nunca pudieron hacerle aflojar de su primer fervor. En una extrema vejez, y en una edad en que cansada la naturaleza apenas necesita para caer mas que su propio peso, cargado con mil frutos de penitencia, en vez de recoger las preciosas reliquias de su vida para consuelo de sus amados hijos, aumenta sus austeridades; y como Sansón, despues de mil trabajos, y en una ancianidad decrepita, en la que nada parece se halla que pueda ser temible al enemigo, siente mas fuerza que nunca para destruir aquella casa terrena que tenia cautiva á su alma, y para aniquilar á los enemigos domesticos que tantas veces habia vencido.

Peró, ¡oh Santo mio! ¿me atreveré á preguntaros si  
ese

ese cuerpo que castigais con tanto rigor fue en algun tiempo cuerpo de pecado? ¿Haceis ahora que sirvan á la justicia unos miembros que han servido á la iniquidad? ¿Armais vuestro brazo contra una carne que se ha revelado contra el espíritu? ¿Queréis hacer eterna la memoria de vuestras flaquezas, como David, inmortalizando vuestra penitencia?

¡Ah! Católicos, el Señor le defiende con sus bendiciones desde el seno de su madre. Aquel templo del Espíritu Santo nunca estuvo profanado, y conservó hasta el fin aquel vestido de justicia y santidad que recibió del cielo en el Sacramento que nos reengendra.

¿Con qué ojos mirais Vos, oh Dios mio, á tantos pecadores que llegan á los santos mysterios sin haber hecho sacrificio alguno de expiacion, y sin poder presentaros mas que unas abominaciones, que acaso volverán á empezar el día siguiente? ¿Cómo nos mirais disponer mil nuevas felicidades á nuestros sentidos, forzar la naturaleza para obligarla á que sirva á nuestra sensualidad, suplir con la variedad de los deleytes lo que falta á su solidéz, sazonar el disgusto que los acompaña con mil antojos sensuales, y confiar despues de esto, quando estamos para morir, en el socorro de los Sacramentos, en los tesoros de vuestras misericordias, y en algunos movimientos de dolor, que mas son efecto del presente peligro, que de los pasados desordenes? Esto es ilusion, Católicos; pero está escrito que el mundo ha de permanecer hasta el fin en su error, y es preciso que se cumplan las Escrituras.

La penitencia de nuestro Santo siempre estuvo acompañada de aquella humildad profunda que tanto resplandece en todas sus acciones, y que es mejor que el sacrificio. Quantas almas penitentes hay que al mismo tiempo que debilitan su carne, fortifican su soberbia; que del aparato de penitencia que las rodea forman una especie de trofeo secreto á su vanidad; que en las sagradas

señales que dexan impresas en su cuerpo los rigores de la cruz, están siempre leyendo su propio merito; y que despues de haber sufrido, como Jonás, todo el peso del día y del calor se duermen poco á poco sobre mil culpables complacencias, y dexan por ultimo que un invisible gusano pique la raíz de aquel arbol cargado de tantos frutos de penitencia, que se seca en un instante, y los dexa expuestos á todo el ardor de las pasiones.

Pero nada de esto debéis temer en nuestro Santo; al mismo que acabais de ver elevado hasta los cielos, le vereis baxar hasta las entrañas de la tierra, hecho un espectáculo digno de los Angeles y de los hombres, y mirarse como el desprecio de todos y anathema del mundo; no hay ministerio por vil que sea á que no se abata; no hay accion por humilde que sea que no practique; no hay nombre por despreciable que sea que no se apropie. Los Pontifices del Señor, y los Reyes de la tierra se dán priesa á ofrecerle unos puestos dignos de su merito; le presentan los honores de la purpura, y del Obispado; pero teme, como el Profeta, la altura del día, y le parece que solamente se halla segura su amada virtud estando oculta baxo las exterioridades de una vida privada. O tu Congregacion piadosa y austera con que enriqueció la Iglesia, nuevo escudo con que adornó la torre de David, ilustre asilo que añadió á las ciudades de refugio que estaban ya establecidas en Israel, solamente tu nombre anuncia desde luego la humildad de tu Santo Patriarca; no hallaba, Católicos, nuestro Santo, nombre que le pareciese de bastante desprecio para apropiarsele; y nosotros siempre estamos usurpando unos titulos que nos niega el público, y que nunca poseyeron nuestros antepasados; y hoy vemos entre nosotros á muchos, que adornan su vil nacimiento, todavia reciente, con un apellido ilustre, y que recogen con afectacion las ruinas de aquellas familias antiguas que ya perecieron, para colocarlas sobre un nombre desconocido,

y

y que acaba de salir de lo ínfimo de la plebe! ¿en qué siglo se ha visto mas corrupcion en este punto que en el nuestro? ¡Ah! nuestros padres no querian ser mas de lo que habian sido quando nacieron; contentos cada uno de ellos con lo que les habia concedido la naturaleza, no se avergonzaban de la sangre de sus mayores; y al mismo tiempo que heredaban sus bienes, no negaban sus nombres. No se veía á aquellos que eran de un distinguido nacimiento estar continuamente gloriandose de él, observar una extremada delicadeza acerca de los tratamientos odiosos al Evangelio, y aun al mundo, estudiar con cuidado todo lo que se les debe, hacer continuamente comparaciones entre los titulos, examinar escrupulosamente la clase de las personas que tratan, para arreglar sobre este punto su modo de hablar con ellas, y no presentarse en parte alguna sin hacer saber antes su nombre y su calidad.

Pudiera añadir aqui que nuestro Santo siempre se apartó del ministerio del Altar, y del Sacerdocio christiano: Renovando en estos ultimos siglos aquellos grandes exemplos que dexaron á la religion las primeras edades de la fé, nunca se atrevió á entrar en el Santuario, y contentandose con ser víctima, siempre se tuvo por indigno de ser Sacerdote. ¿Es posible, Católicos, que un corazon tan dispuesto con una larga penitencia, y consagrado con todos los dones del Espíritu Santo, no se creyese bastante puro para ser sellado con el sello del Señor? ¿Que una boca tantas veces purificada con el fuego del cielo, ocupada siempre en publicar las alabanzas del Padre celestial, que sirvió de sagrado instrumento á la conversion de tantos pecadores, y que tantas veces habia hecho que baxase Jesu-Christo á las almas, temiese el proferir las tremendas palabras que mudan las santas ofrendas, y que le hacen baxar á los altares? ¿Que unas manos puras, que levantadas ácia el cielo habian podido sacar los muertos del imperio de los sepulcros, no se atreviesen á bendecir ja-

más

más el pan del Cielo? ¿Y unos corazones mil veces profanados y manchados aun con las señales recientes de la culpa, se han de atrever á hacerse señalar con el carácter de la santidad? ¿Y unas bocas semejantes á los sepulcros abiertos, se han de presentar todos los días para ser empleadas en el ministerio de vida? ¿Y unas manos pecadoras, manchadas mil veces con las abominaciones de Babilonia, han de vencer todos los obstáculos que las cierran las puertas del Santuario, y no han de estremecerse al verse consagradas con la santa Uncion, bañadas con la sangre del Cordero, y ocupadas en ofrecer unos dones puros, y unos sacrificios sin mancha? ¡Oh santa disciplina de los primeros tiempos, piadosos excesos de nuestros Padres en orden á la eleccion de los Ministros del Altar, antigua hermosura del templo, qué se puede tributar á vuestras tristes ruinas sino el llanto!

Es verdad, Católicos, que de mucho tiempo á esta parte algunos Zorobabeles trabajan en reparar los males de la cautividad. Es verdad, que el nuevo Esdras (\*) que poco há nos suscitó el cielo, va á hacer la gloria de esta ultima casa semejante á la de la primera; nosotros le veremos con el libro de la ley en las manos, restablecer las costumbres de Israel, y explicar sus preceptos y sus ordenes á los Sacerdotes y á los pueblos. Nosotros le veremos recorrer las ciudades de Judá, derramar en todos los lugares de su jurisdiccion el espíritu de fé y de religion, y como el arca de Israel, llenar de mil bendiciones á todos los pueblos de su tránsito. Finalmente, le veremos como un Pontifice inocente, separado de los pecadores, aplicado á ofrecer dones y sacrificios, derramando su alma en la presencia del Altísimo, sirviendo de reconciliacion á los hombres en el tiempo de la ira, tomando sobre sí los pecados de su pueblo, y expiandolos con sus austeridades, humillandose hasta los mas comunes ejercicios del ministerio; y en una palabra, le veremos como un Pontifi-

(\*) *El Cardenal de Noailles, Arzobispo de París.*

fice que no se ha ensalzado á sí mismo, sino que ha sabido esperar á que aquel Señor, que llamó Aaron, le hiciese sentar en el lugar del honor, y le estableciese Pontifice de los bienes verdaderos, y del eterno tabernáculo. ¿Qué os daremos, Señor, por este beneficio que nos habeis hecho? ¿Qué nos queda que pedirnos para vuestra Iglesia sino unos Pontifices que le sean semejantes? Pasemos á la ultima parte del discurso, y despues de haber manifestado que nunca hubo Santo mas flaco segun la carne, haré ver ahora que tampoco le hubo mas poderoso segun el espíritu.

## SEGUNDA PARTE.

**D**IOS es admirable en sus Santos, y la variedad de sus caminos para con sus escogidos es uno de aquellos tesoros ocultos, sobre los cuales, segun la expresion del Profeta, pone su sabiduría profundos abismos: *Ponens in thesauris abyssos (a).*

Y á la verdad, en la historia de la religion hallamos unas veces hombres grandes, que descendiendo de una sangre ilustre, criados en el estudio de las artes y ciencias, nacidos para mandar á los otros hombres, y destinados al lucimiento y á la grandeza, se han sepultado vivos en los retiros mas oscuros; y esperando allí el dia del Señor, casi desconocidos de la tierra, no queriendo saber mas que á Jesu-Christo, cercados de miserias y enfermedades, han sido el objeto del desprecio y de las burlas de los insensatos.

Por otra parte, algunas veces nos presenta la gracia unos espectáculos muy diferentes; unos hombres flacos, de obscuro nacimiento, criados en la ignorancia, sujetos por su destino á todas las criaturas, y haciendose inferiores por motivos de fé á su propia baxeza, y que con todo eso repentinamente llegan á ser la admiracion de

SU

(a) *Psalm. 32. v. 7.*